

La adoración eucarística²

CuadMon 141
(2002) 155 - 162

La adoración eucarística experimenta hoy, gracias sobre todo a los movimientos de renovación espiritual, un retorno del fervor. Al mismo tiempo algunos cristianos se preguntan si se trata de una práctica bien fundamentada. En las páginas siguientes quisiéramos abordar la cuestión, buscar los fundamentos de la adoración eucarística y hacer percibir su significación teológica. Para ello nos apoyaremos especialmente en algunos textos del Nuevo Testamento³.

La idea que queremos desarrollar es la siguiente: para que conserve todo su sentido, la adoración de la Eucaristía no puede ser separada de la Misa, donde la acción eucarística de Jesús en la Última Cena es conmemorada y re-presentada (en el sentido más fuerte). Recíprocamente, hacer memoria de lo que Jesús realizó en la Última Cena (cf. *Lc 22,19* y *1 Co 11,24-25*) conduce a la adoración de su presencia real y definitiva en medio de nosotros y en nuestro universo, aun más allá del momento de la celebración litúrgica de la Misa.

¹ Jean-Marie HENNAUX recibió la ordenación sacerdotal en la Compañía de Jesús en 1964. Es profesor en el Instituto de Estudios Teológicos (Facultad SJ) de Bruselas. Colabora habitualmente en la "Nouvelle Revue Théologique". Ha publicado: *Le mystère de la vie consacrée. Passion et enfance de Dieu* (agotado) y: *Le droit de l'homme à la vie. De la conception à la naissance* (Ed. Lessius, Bruxelles).

² Traducción del artículo publicado en: *Nouvelle Revue Théologique* 123 (2001), pp. 574-582. Versión realizada por las Hnas. Benedictinas de la Abadía de Santa Escolástica (Victoria, Buenos Aires, Argentina).

³ Como sabemos, la exposición del Santísimo Sacramento y la contemplación de la hostia se desarrollaron en la devoción de la Iglesia durante la época medieval. La obra clásica a este respecto sigue siendo la de DUMOUEY, E., *Le désir de voir l'hostie et les origines de la dévotion au Saint Sacrement*, Paris, Beauchesne, 1926. No haremos aquí la historia de la adoración eucarística. Al respecto se puede consultar el artículo «Eucharistie» del *Dictionnaire de Spiritualité*, cap. III: «Dévotion eucharistique» (vol. IV, cols. 1621-1648). Hay allí una descripción de las principales formas de la adoración eucarística desde el período patrístico hasta nuestros días y un estudio de las intervenciones del Magisterio concernientes a ella.

Cuando la Iglesia habla de la «presencia *real*» de Cristo en la Eucaristía, no afirma solo que Cristo está *realmente* presente en el pan y el vino. Quiere expresar también que la presencia sacramental del Señor en el pan y el vino es el signo de su presencia *definitiva* –o *escatológica*⁴– en nuestra historia. «Presencia real» y «presencia escatológica» de Cristo son dos expresiones prácticamente equivalentes. La presencia escatológica del Señor tiene dos aspectos: 1) por su Encarnación, su Muerte y su Resurrección, el Hijo de Dios se ha hecho presente de manera definitiva, irrevocable, en nuestro universo (personas y universo material); en Cristo, la historia ha *ya* y *para siempre* alcanzado su cumplimiento, se han inaugurado los «últimos tiempos» anunciados por los Profetas; 2) sin embargo, este cumplimiento obtenido en Cristo y por Cristo *aún no* ha producido todos sus efectos.

La relación entre estas dos dimensiones de la presencia real o escatológica de Cristo es lo que hace que también nuestra devoción eucarística tenga necesariamente dos expresiones complementarias: la celebración de la Misa y la adoración eucarística fuera de ella. Trataremos de demostrarlo dirigiendo nuestra atención hacia diferentes aspectos de la realidad escatológica de la Eucaristía.

El punto de partida de nuestra reflexión será evidentemente lo que Cristo hizo en la Última Cena.

I.- La acción eucarística de Jesús en la Cena

El Señor *tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: “Éste es mi Cuerpo que se entrega por vosotros” (Lc 22,19).*

Jesús, después de haber pronunciado estas palabras, está presente en su propio Cuerpo y, *al exterior de este*, en el pan que tiende a los asistentes. Esta presencia de Jesús *fuera de Sí mismo* (si se puede decir así), no es posible sino por el amor. Es el amor el que hace salir de uno mismo y permanecer en el ser amado. Así como el esposo no quiere ya ser sino una sola Carne con su esposa, Jesucristo quiere hacer de sus discípulos, de sus comulgantes, su Cuerpo. El vínculo del Cuerpo eucarístico de Jesús (su presencia en el pan: «*Este es mi Cuerpo*») con lo que llamamos su Cuerpo místico está claramente indicado por san Pablo: *Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan (1 Co 10,17)*

Pero para que Jesús pueda hacer de nosotros su Cuerpo (místico), es necesario que Él acepte morir a su Cuerpo particular, limitado.

⁴ La palabra «escatológica» proviene del griego *ta eschata*: las cosas últimas, definitivas, postreras.

Esta condición de la muerte corporal para que Jesús pueda, más allá de Sí mismo (el lenguaje sigue siendo aquí radicalmente inadecuado), pasar realmente al pan, y por el pan, a los suyos, para hacer de ellos su Cuerpo, aparece de múltiples formas en los relatos de la institución de la Eucaristía: el pan es «partido», el Cuerpo es «dado por vosotros», la Sangre es «derramada». La Última Cena es una anticipación de la muerte (y de la Resurrección) de Cristo, y solo porque ella es tal anticipación, la Eucaristía (la presencia de Cristo al exterior de Sí mismo, en el pan y en los suyos), es posible.

Jesús ofrece a los suyos el pan donde se ha hecho presente. Se les entrega con toda libertad, y ellos son libres de tomar o no tomar, de acoger o rehusar, el don que hace de Su presencia en ellos.

El poder de su amor extático es lo que permite a Jesús, desde la Cena, hacerse presente fuera de Sí mismo, en el pan, y pasar así, libre y definitivamente, tanto al Padre como a los hombres (cf. *Jn* 13,1). Su amor es tan fuerte y lo arranca de Sí mismo de tal manera que llega a multiplicar realmente su presencia (si podemos expresarnos así). Porque está presente en cada uno de los trozos de pan que ofrece. Las explicaciones del «milagro» de la Eucaristía a menudo se quedan demasiado cortas: «Era Dios –se dice; tenía por tanto poder para hacerse presente en el pan y en el vino». Pero se olvida con frecuencia que este poder divino (efectivamente recibido del Padre por Jesús en cuanto Hijo), es mediatizado por una conciencia humana. Tampoco se percibe bastante que lo que llamamos «transubstanciación» (la transformación del pan en Cuerpo de Cristo, la presencia real de Jesús en el pan) es posible también porque el *hombre* Jesús nos ama hasta morir por ese amor y de manera puramente extática. No hay allí solo un milagro del poder divino, hay también un milagro del amor *humano* de Jesús por su Padre y por nosotros. Para que la transubstanciación se efectúe, es necesario que el hombre Jesús muera completamente a Sí mismo; es necesario que *quiera* morir por nosotros, por amor; es necesario que su corazón humano no viva más que fuera de Él, como un éxtasis subsistente, en el Padre y en nosotros.

Contemplar la hostia es pues contemplar y adorar un Acto de amor perfectamente logrado. Si Jesús no estuviera realmente presente en el pan, eso querría decir que ha tratado de salir de Sí mismo, de morir por amor, de hacerse presente al exterior de Sí mismo en los que ama, pero que no ha logrado hacerlo. El dogma de la «presencia real» se refiere a la *realidad del amor de Cristo por nosotros*. Un ser humano, Jesús, nuestro Salvador, alguien de nuestra raza, ha podido llegar hasta el extremo del amor (cf. *Jn* 13,1; 17,4-6; 19,30). Ha podido así hacerse presente en otro, tanto como en Sí mismo. El deseo de todo verdadero amor se ha realizado perfectamente en

Él. Este amor, en el que estoy llamado a participar (*El que me coma vivirá por Mí: Jn 6,57; Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado: Jn 15,12*), me supera sin embargo totalmente: es el *Amor mismo*. No puedo esperar participar en Él sino adorándolo también fuera de mí mismo, reconociendo así plenamente que es, Él solo, la *fuentes* del amor, fuente que yo no soy. Si lo adorara sólo durante su inmanencia en mí (en el momento de mi comunión eucarística), quizá correría el riesgo de olvidar su trascendencia. Mi práctica de la comunión eucarística me conduce por tanto, a respetar todo su misterio, a la adoración de la hostia fuera de mí. Al éxtasis de Jesús debe corresponder también un éxtasis.

II.- « La multitud » (*Is 53,12; Mt 26,28; Mc 14,24*)

Acabamos de decirlo: Jesús da su Cuerpo eucarístico a fin de hacer, de quienes lo comen, su Cuerpo místico. Éste, en el designio del Padre y de Su Hijo, debe estar integrado por toda la humanidad. Es decir, que supera por mucho el círculo actual de comulgantes. Parecida tensión ya se descubre en los relatos de la institución de la Eucaristía en Marcos y Mateo: ... *tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: "Tomad, éste es mi Cuerpo". Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio y bebieron todos de ella. Y les dijo: "Esta es mi Sangre de la alianza, que es derramada por muchos"* (*Mc 14,22-24*). Más allá del número restringido de participantes en la Cena, la acción eucarística de Jesús apunta a la multitud⁵. Cristo ha hecho ya el gesto de asumir a todos los hombres en su Cuerpo, ya ha dado su vida por todos; en Él, la humanidad entera está potencialmente reunida en la unidad. Pero no todos los hombres están integrados aún en su Cuerpo único.

El capítulo 6 del Evangelio de san Juan pone de continuo en juego la relación de la muchedumbre inmediatamente beneficiaria de la comida dada por Cristo a la multitud y, para decirlo de una vez, a la totalidad que ella no hace sino prefigurar. Este capítulo –ya lo sabemos– presenta a la Eucaristía como la realización comenzada de la reunión de toda la humanidad en Cristo, que había sido anunciada por los profetas para el fin de los tiempos, con la imagen del banquete mesiánico. La multiplicación de los panes (*Jn 6,1-15*) cumple ya esta profecía aunque dando lugar al deseo de otro Pan, del cual habla Jesús en un largo discurso (*Jn 6,26-63*). Este discurso sobre el Pan de vida, donde Jesús despliega progresivamente

⁵ Según el pensamiento semítico, «la multitud» puede, sin hacerlo necesariamente, integrar la totalidad. La intervención de la libertad humana, que debe abrirse a la salvación dada, queda así salvaguardada.

los principales aspectos del misterio de la Eucaristía, tiene uno de sus fundamentos, por no decir su fundamento último, en la voluntad salvífica universal de su Padre: *Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que Él me ha dado* (se trata directamente de los creyentes que el Padre da a Jesús), *sino que lo resucite en el último día* (Jn 6,39)⁶. Estas palabras constituyen el eco inmediato de lo que había sido dicho como «signo» (Jn 6,14) cuando la multiplicación de los panes: *Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: “Recoged los trozos sobrantes para que nada se pierda”*. Los recogieron, pues, y llenaron doce canastos con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido (Jn 6, 12-13).

Los doce canastos evocan las doce tribus de Israel, es decir a Israel en su totalidad. La inmensa muchedumbre que Jesús acaba de saciar no es aún todo Israel. La totalidad de éste, figura de la Iglesia y de la humanidad, todavía no ha podido ser reunida, pero esta totalidad futura, en la cual nada se perderá, puede desde ahora ser representada y simbolizada por estos doce canastos, puesto que contienen la sobreabundancia de una comida que, con toda verdad, constituye ya una anticipación y un comienzo de la reunión de *todos*⁷.

En nuestra vida eucarística experimentamos siempre la misma tensión. Nuestra comunidad –nuestra Iglesia– comulga, pero esta comunión todavía no es igual en número a la asamblea de todos en la unidad que Cristo ya adquirió para Sí por su acción eucarística. Por ello nuestra relación con la Eucaristía no se agota en la comunión. Si queremos adecuarnos a la amplitud del misterio eucarístico debemos, más allá de *nuestra comunión* del Cuerpo y de la Sangre, adorar la Presencia real de Cristo ya en comunión con todos los hombres, *con la multitud*.

Al adorar la hostia, contemplamos en ella a las muchedumbres que Cristo ha reunido por su sacrificio. Vemos, más allá de las comunidades que nuestras celebraciones litúrgicas reúnen hoy, inmensas multitudes hacia las cuales somos enviados. Para retomar las imágenes del Cuarto Evangelio: levantamos los ojos y miramos los campos maduros para la cosecha; descubrimos que somos enviados a cosechar donde no nos hemos fatigado, pero donde Jesús sí se ha fatigado; y henos aquí llamados a heredar el fruto de sus fatigas (cf. Jn 4,35-38). Es así como la adoración de la Eucaristía alimenta desde hace siglos el dinamismo misionero de la Iglesia. Si ésta no

⁶ Esta palabra hace pensar irresistiblemente en la que concluye la parábola de la oveja perdida en San Mateo: *De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños* (Mt 18,14).

⁷ Hemos desarrollado otros aspectos del capítulo 6 de san Juan en «La nourriture du ciel», *Pâque nouvelle*, 1996/2, pp. 27-31.

viviera la Eucaristía como prolongación de la celebración de la Misa, ¿no estaría tentada de replegarse sobre sí misma y de no percibir ya que la Presencia real de Cristo permanece –porque es la del «Salvador del mundo» (Jn 4,42), cuya Carne es entregada «por la vida del mundo» (Jn 6,51)–, adelantándose a ella misma (*en avant d'elle-même*)⁸?

III.- La resurrección de la carne

Acabamos de evocar el carácter escatológico de la Eucaristía, a propósito de la multitud ya asumida en su totalidad por el Señor en su acción eucarística.

Otro aspecto importante de la realidad escatológica de la Eucaristía está indicado en los versículos siguientes de San Juan: *Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que Él me ha dado, sino que lo resucite el último día* (Jn 6,39); *Éste es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera* (Jn 6,50); *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día* (Jn 6,54). *Éste es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre* (Jn 6,58).

Por su participación en la Eucaristía el creyente recibe, en el tiempo presente y desde aquí abajo, la vida eterna de Dios, una vida más fuerte que la muerte, y su carne misma, a través de la acción de comer y beber, la acción de asimilar la Carne y la Sangre del Resucitado y de ser así asimilado por Él, es introducida desde ahora en el mundo de la Resurrección. «A diferencia del maná, escribe André Feuillet, la comida eucarística debe poner al fiel en posesión de una vida eterna sobre la cual la muerte física no tiene ningún poder, y que debe plenificarse al fin de los tiempos en la resurrección gloriosa⁹».

Pan de inmortalidad y de resurrección, dado por Aquel que ha vencido la muerte entregando Su vida, y que ahora resucitado, vive para siempre.

Cuando comulgamos, creemos que Aquel que viene a «permanecer en nosotros» y que nos concede «permanecer en Él» (Jn 6,56), nos comunica la vida eterna mediante el don de su Carne vivificada por el Espíritu (cf. Jn 6,63). Creemos que nos es dado «permanecer», es decir subsistir para

⁸ La relación de la adoración eucarística con la Misa es también relación con la Palabra de Dios. La escucha o la meditación silenciosa de la Escritura ante la hostia nos remite siempre a la universalidad del designio de Dios.

⁹ FEUILLET, A., *Le discours sur le Pain de vie*, Paris, DDB, 1967, p. 43 (coll. Foi Vivante, 47).

siempre (a no ser que interpongamos radicalmente un obstáculo), en el «Yo» del Resucitado, pero sabemos también que en razón del pecado tendremos que sufrir la muerte corporal, separación del alma y del cuerpo, separación del elemento espiritual y del elemento material que nos constituyen. Por esto es bueno para nosotros contemplar en la hostia al Resucitado realmente presente en un elemento material: el pan. Tenemos así la seguridad de que el poder del Resucitado es tal que puede asumir, y salvar para siempre, lo que en nosotros es más material y más frágil: la carne. El Señor quiere salvarnos enteramente, *alma y cuerpo, espíritu y carne*. No quiere «perder» absolutamente nada nuestro, ni siquiera esta pobre carne que, por sí misma, como «la hierba se seca», como «la flor se marchita» (*Is 40,7*).

La presencia real de Cristo en el pan es una prenda de la resurrección de nuestra carne.

La contemplación de «Cristo en nosotros» nuestra acción de gracias después de la comunión, llama también a la contemplación de «nosotros (carne y espíritu) en Cristo», que hacemos a gusto en la adoración del Santísimo Sacramento.

IV.- La asunción del universo material en Cristo

La salvación de Dios concierne al conjunto de la creación. Dios no quiere «perder» nada de lo que ha creado. En la Parusía, el universo material mismo será transformado y asumido de alguna manera en el Cuerpo glorioso del Resucitado. Habiendo sido todo creado en Cristo (cf. *Col 1,16*), todo será salvado en Él.

En la hostia, contemplamos una parcela del universo material, el pan, devenido Cuerpo de Cristo. Con la Eucaristía, la Parusía del Señor, es decir su presencia total en los hombres y en el universo material, ya ha comenzado. Por eso a propósito de la Eucaristía se puede hablar de «parusía sacramental» (Fr.-X. Durrwell).

Este aspecto del misterio eucarístico modifica profundamente nuestra mirada sobre el universo material y sobre la naturaleza.

En efecto, para el *homo technicus* en que nos hemos convertido, es grande el riesgo de que la naturaleza ya no sea más que un «objeto para manipular técnicamente», algo para transformar, el esclavo que dominamos. Nuestra relación con la naturaleza no sería entonces más que la de un obrero, un amo dominador y despótico (Pensemos en los daños de la era industrial, denunciados hoy por la ecología). El universo no sería ya objeto de contemplación extasiada, fuente de asombro, de inspiración y de poesía,

epifanía de un misterio, Palabra de Dios.

La Eucaristía nos preserva de este peligro. En ella, elementos materiales son «puestos directamente en relación con Dios». La Eucaristía salva el carácter de signo divino de toda la naturaleza. Nos educa para respetarla y reverenciarla como lugar de una epifanía de Dios. Nos permite *contemplar* todavía la naturaleza y seguir siendo poetas.

La adoración eucarística y la contemplación del Dios que se hace presente en el pan y el vino, invierten la actitud que tomamos espontáneamente, en nuestra cultura, con relación a la naturaleza: actitud de dominio. Esta inversión tiene una repercusión ética importante. No solo nos hace considerar y tratar la naturaleza de manera muy distinta, sino que al mismo tiempo transforma nuestra manera de relacionarnos con nuestro propio cuerpo. Culturalmente, en efecto, el hombre actual con toda espontaneidad considera su cuerpo como un «trozo de naturaleza» al que puede domesticar, gobernar, transformar, como hace con el resto del universo material. Su cuerpo no es ya signo, clave, de la trascendencia.

V.- Conclusión

Confiamos haber hecho presentir que nuestra participación en la Misa reclama, lejos de oponerse a ella, la adoración de la Eucaristía también fuera de la Misa. Nos parece que la adoración y la exposición del Santísimo Sacramento, tal como se han desarrollado en la Iglesia durante la Edad Media, no son el hecho de una moda pasajera, de un acento momentáneo y accidental en una devoción. Por el contrario, ¿no se presentan como un complemento normal de la participación en el sacrificio redentor de Cristo?

*Institut d'Études Théologiques
Rue du Collège Saint-Michel, 60
B-1150 Bruxelles. Bélgica*